

TEXTO INICIAL

En una perspectiva general y tentativa, subyace aquí una hipótesis tan central como polémica: la que apuntaría a la existencia de un vínculo pragmático e inercial entre el ambiente social actual y un *fascismo de baja intensidad*. En cierta medida, la sociedad de hoy, bajo el supuesto amparo de un supuesto protocolo democrático, se entrega a sus verdugos sin (poder o querer) ver que éstos preparan y ejecutan cotidianamente un gaseado letal y legal. La expresión “baja intensidad”, tomada a primera vista, podría dar la impresión de una fuerza en descenso o de presión mínima. Lo cierto es que esa presión mínima, si se diera, lo haría únicamente como contrapeso de una opresión que se orienta a ejercerse con un máximo histórico de constancia, extensión y profundidad. Puede que la mejor prueba de este *summum* sea la naturalidad con que la prensa recoge incluso en el mismo día dos titulares como éstos: “Nos disparaban como a pollos” (declaraciones de un superviviente a la muerte de catorce inmigrantes en la playa de Ceuta, al Sur de Europa, tras la violenta represión de la Guardia Civil con pelotas de goma mientras se hallaban en el agua; el mismo testigo declaraba que “una persona, con un palo largo, iba empujando a los heridos y cadáveres del lado marroquí”) o “Monísimas en el Holocausto nazi” (artículo donde se documenta hasta qué punto “el fenómeno *fashion blogger-monguer* ha alcanzado el paroxismo con una feliz subtendencia: la de las blogueras (modelos) que posan en lugares relacionados con el Holocausto”) (*El País* 15/2/2014, p. 9 y p. 45 respectivamente). Es como si un fascismo se exhibiera en primerísimo plano mientras otro (y ayudando a que otro) se mantuviera y renovara al fondo del campo perceptivo.